

EN TORNO A LA NUEVA CUENTISTICA PUERTORRIQUEÑA

Edna Acosta-Belén
State University of New York at Albany

APALABRAMIENTO: DIEZ CUENTISTAS PUERTORRIQUEÑOS DE HOY.

Edited by EFRAIN BARRADAS. (Hanover, N.H.: Ediciones del Norte, 1984. Pp. 250. \$9.00.)

REUNION DE ESPEJOS. Edited by JOSE LUIS VEGA. (Río Piedras, P.R.: Editorial Cultural, 1984. Pp. 303. \$6.95.)

A aquellos que hemos dedicado una gran parte de nuestra carrera profesional al estudio de las letras puertorriqueñas no nos sorprende la reciente aparición de dos excelentes antologías sobre la cuentística puertorriqueña contemporánea: *Apalabramiento* editada por Efraín Barradas y *Reunión de espejos* editada por José Luis Vega. Ya por más de diez años hemos estado anticipando y observando la formación y auge de una nueva generación de narradores que pueden ser considerados dignos sucesores de la generación literaria que les precede, la del 50. Estas dos recopilaciones de la nueva cuentística puertorriqueña son prueba fehaciente de que la narrativa puertorriqueña va reclamando su merecido lugar dentro de la narrativa hispanoamericana contemporánea.

A pesar de los innumerables logros literarios alcanzados por los escritores José Luis González, René Marqués, Pedro Juan Soto y Emilio Díaz Valcárcel (y menciono solamente a los más destacados del grupo), la Generación del 50 en Puerto Rico ha cumplido una función literaria considerablemente diferente a la que cumple en este momento la nueva generación de narradores. A los escritores de la Generación del 50 les tocó enfrentarse a una época histórica de rápidas transformaciones sociales y políticas en el Puerto Rico de mediados de nuestro siglo—cambios provocados por el reformismo político y social del Partido Popular, la creación del Estado Libre Asociado, la industrialización de la isla, la ruina del sector agrícola, y la creciente anexión económica y agresión cultural norteamericanas. Si bien es cierto que los escritores de la Generación del 50 le siguieron los pasos a los escritores de otras generaciones literarias anteriores en lo referente a la lucha por la independen-

cia nacional, la denuncia del colonialismo norteamericano en Puerto Rico y la defensa de la identidad cultural puertorriqueña a través de sus letras, artísticamente sin embargo, fueron en su época los renovadores de la narrativa puertorriqueña. Mientras que la narrativa de la Generación del 30 fue fundamentalmente criollista, de temática enraizada en el ambiente rural y en la vida del campesino explotado, y tradicionalista en sus formas narrativas, la narrativa de la Generación del 50 se concentró en la vida del proletariado puertorriqueño en el ambiente urbano. Los escritores de este grupo incorporaron además importantes innovaciones técnicas a la narrativa puertorriqueña tales como el uso de la retrospectiva o "flashback," el *fluir* de la conciencia y el monólogo interior, y las corrientes filosóficas del existencialismo y del absurdo. La ruralía desplazada y agonizante, el mundo enajenante que surge con la industrialización y urbanización de la isla, la emigración masiva de los puertorriqueños a los Estados Unidos, y el creciente poder asimilista de los Estados Unidos en Puerto Rico proveyeron nuevos temas a la obra literaria de esta generación que aunque continuó produciendo una literatura de denuncia y de temática "insularista," fue a su vez recogedora de las corrientes e influencias literarias europeas y norteamericanas de la postguerra. Es prácticamente imposible desligar a la Generación del 50 de las realidades sociales y políticas del Puerto Rico de aquella época. No se puede leer a González, Marqués, Soto o a Díaz Valcárcel sin cobrar algún grado de conciencia sobre la problemática colonial puertorriqueña y del compromiso social y político de estos escritores. Pero, sin lugar a dudas, la Generación del 50 también introdujo en aquel entonces innovaciones estéticas que le brindaron un carácter más cosmopolita a las letras puertorriqueñas.

La antología *Cuentos puertorriqueños* de hoy editada por el escritor ya fallecido René Marqués, publicada en 1958, ha sido una obra imprescindible para el estudio evolutivo de las letras puertorriqueñas y fue un texto fundamental en dar a conocer a los escritores de su propia generación.¹ La antología de Marqués cumplió una función primordial en su momento al reconocer la existencia de una "nueva" generación de narradores que aunque mantenía cierta continuidad ideológica con la generación que le antecedió, la del 30, era a su vez "innovadora." La caracterización que hizo Marqués de los escritores de su generación (a la cual llamó "Promoción del 40") ha servido de guía hasta nuestros días a los estudiosos y críticos de la literatura puertorriqueña y ha brindado un sentido de cohesión y de coherencia al estudio de la obra de estos autores. En otros estudios críticos posteriores a la obra de Marqués se ha denominado a este grupo de escritores como la Generación del 40.² He argumentado, sin embargo, en varios de mis trabajos que me parece más acertado identificarles como la Generación del 50 ya que los autores agrupados por la crítica bajo esta generación publican sus

obras de madurez artística durante la década de 1950, época en que se instaló el Estado Libre Asociado de Puerto Rico.³ En esto concuerdo con los argumentos del escritor Pedro Juan Soto, quien ha señalado que el grueso del grupo salió a la luz a partir del 1950. José Luis González, otro escritor del grupo, también ha denominado a su propia generación como la Generación del 50.⁴ Si nos atenemos además a la noción de Robert Escarpit de definir a una generación literaria como un “equipo que toma la palabra” y que ocupa la escena literaria durante un período histórico determinado, podemos fácilmente establecer una relación entre la obra literaria de estos autores y los procesos sociales e históricos del Puerto Rico de mediados de nuestro siglo, los cuales tuvieron una influencia crucial en la tónica y temática de sus escritos.⁵ Si consideramos además sus fechas de nacimiento, casi todos forman parte de un conjunto de escritores nacidos en la década de 1920. Más importante aún, estos autores comparten toda una serie de características formales e ideológicas en sus obras artísticas. Algunos de ellos, además, compartieron a través de su trabajo para la División de Educación de la Comunidad del Departamento de Instrucción Pública, una conciencia de grupo y sentido de unidad generacional.⁶

La publicación de las antologías de Efraín Barradas y de José Luis Vega nos marca la presencia y el auge de una nueva generación renovadora en la narrativa puertorriqueña. *Apalabramiento* y *Reunión de espejos* acometen en este momento una empresa semejante a la emprendida anteriormente por la antología de René Marqués al dar a conocer a la más reciente generación de narradores puertorriqueños. Al recopilar ejemplos de la obra de los nuevos cuentistas en sus respectivas antologías, Barradas y Vega establecen la presencia inexorable e ineludible de una nueva generación y un nuevo arte de narrar. Muy ingeniosamente Barradas ha encontrado la manera más novedosa de caracterizarlos, de atribuirles su sello distintivo: su *apalabramiento*.

Y es a través de la palabra, del lenguaje, que esta nueva generación de narradores encuentra su carácter distintivo e incorpora la narrativa puertorriqueña a las corrientes prevaletentes en la narrativa hispanoamericana de nuestros días. La narrativa puertorriqueña de hoy nos habla en otra lengua, un lenguaje que a pesar de estar enraizado en las modalidades dialectales y en la cultura popular puertorriqueñas trasciende el tradicional calco lingüístico de la “manera de hablar” de los personajes y se convierte en el instrumento versátil, metamórfico y paródico del narrador. El contagio de la obra de los grandes maestros de la nueva narrativa hispanoamericana es muy evidente. La falsa verosimilitud y gimnasia mental de Borges, la absurda cotidianeidad e ironía metafísica de Cortázar, los juegos verbales y paródicos de Cabrera Infante, el barroquismo caribeño de Lezama Lima y Sarduy, el realismo mágico de Carpentier y Rulfo, y el arte de contar de García Márquez

proveen vigorosos derroteros estéticos a estos escritores para expresar e interpretar ficcionalmente la realidad puertorriqueña. Como bien señala Efraín Barradas, esto no es simplemente una influencia literaria sino que implica una declaración de pertenencia cultural de parte de los escritores puertorriqueños (p. xxv).

En el ensayo "Palabras apalabradas" que le sirve de prólogo a *Apalabramiento*, Barradas discute ampliamente el concepto de generación literaria, su carácter artificioso, su validez y sus limitaciones al estudiar la obra de este nuevo grupo de cuentistas que se distinguen de sus antecesores generacionales. Barradas no llega a postular la existencia de una nueva generación literaria pues no percibe el antagonismo generacional que tradicionalmente se ha usado para justificar el surgimiento de una nueva generación. Sin embargo lleva a cabo la concienzuda labor de caracterizar al nuevo cuento puertorriqueño: "manejo del habla popular la cual sirve de base para la creación de una lengua literaria que surge de la función del lenguaje de los personajes y la voz del narrador," "presencia femenina y conciencia feminista," "conciencia de la irrealidad o artificiosidad esencial del texto literario," "descubrimiento de una identidad común entre caribeños," "identificación con el resto del mundo latinoamericano," "exaltación del proletariado y ataque a la clase media," "defensa mayor de la lengua popular y el rechazo más fuerte de la normas lingüísticas y estéticas de los escritores mayores" (pp. xvii–xxviii).

En el ensayo "El rostro en el espejo: hacia el cuento puertorriqueño actual" que sirve de introducción a *Reunión de espejos*, José Luis Vega acomete la misma empresa de caracterizar a la nueva generación de cuentistas puertorriqueños. Una de sus conclusiones principales sostiene que "la década del setenta marca en nuestro país el agotamiento del modelo del realismo social en la construcción de relatos" que según el caracterizó a la obra de la Generación del 50. Vega considera la renovación literaria actual como "una confrontación crítica con el modelo narrativo del realismo social" (pp. 23–24) y describe tres maneras en que los nuevos cuentistas puertorriqueños rompen con este modelo de realismo social: "la escritura realista-experimental, la escritura mágica y mítico-maravillosa, y la escritura cómico-grotesca" (p. 26). En su antología se reúnen los textos o "espejos" de cuentistas que "han logrado asimilar y superar—en el sentido dialéctico—la herencia literaria de sus predecesores" (p. 30).

Las generalizaciones que hacen Barradas y Vega de la cuentística puertorriqueña de hoy podrían ser también aplicadas al género de la novela. Algunos de los escritores incluidos en *Apalabramiento* y en *Reunión de espejos*—Luis Rafael Sánchez, Manuel Ramos Otero, Carmelo Rodríguez Torres, Tomás López Ramírez—ya han realizado exitosas incursiones en el mundo de la novela. Aunque ambos Barradas y Vega

logran llevar a cabo de una manera ingeniosa la tarea de caracterizar a la nueva generación de narradores, no se comprometen a “bautizarla.” Ya otros estudiosos de la literatura (entre los cuales me incluyo) nos hemos aventurado a denominar a la nueva generación con la etiqueta de Generación del 70.⁷ Sin ignorar la ausencia de un total rompimiento ideológico y artístico entre la Generación del 50 y la del 70 podemos fácilmente destacar profundas diferencias estéticas y elementos de ruptura en cuanto a la preponderancia que se le da a la función artística y política del escritor. Las discusiones y polémicas entre escritores de ambas generaciones que se llevaron a cabo en torno a este tema durante la década del 1970 en las revistas *Zona: Carga y Descarga* y *Ventana* así como en el suplemento *En Rojo* del periódico *Claridad* reflejan el creciente distanciamiento y enfrentamiento de ambas generaciones.

No estoy tratando de insinuar de ninguna manera que los nuevos narradores de la Generación del 70 viven en una torre de marfil evadiendo la situación social y política de Puerto Rico. Al contrario, la impugnación que hacen estos escritores de la falsa moralidad de la sociedad burguesa de nuestros días y de la crisis política y económica del Estado Libre Asociado es muestra irrevocable de una provocante conciencia social. Puedo sin embargo aventurarme a declarar que al compararseles con los escritores de la Generación del 50, este nuevo grupo de narradores ha demostrado una mayor conciencia estética del oficio de narrar y de la obra artística y un mayor dominio de las estructuras narrativas y del lenguaje como materia prima de la narración. Es quizás esta actitud fundamental de búsqueda y encuentro de nuevos derroteros estéticos lo que singulariza a la nueva generación y la distingue de la generación que le precede, a pesar de que algunos de los escritores de la Generación del 50—Emilio Díaz Valcárcel y José Luis González, por ejemplo—han demostrado en sus obras más recientes un pleno dominio de técnicas narrativas vigentes y a su vez, algunos de los jóvenes escritores todavía hacen uso de técnicas narrativas más tradicionales. Estos puntos de contacto simplemente nos comprueban las limitaciones que conlleva el método de estudio generacional y lo relativo que es el concepto de generación literaria pues nunca es posible aplicar con rigidez las generalizaciones que se hacen sobre una generación a todos los escritores del grupo.

Consideremos, por ejemplo, a los jóvenes escritores puertorriqueños que se han dedicado al cultivo del género poético. Inmediatamente sobresale un grupo de escritores que comenzaron a distinguirse por sus colaboraciones en las revistas *Guajana*, *Mester* y *Palestra* entre otras, durante las décadas del sesenta y del setenta. Estos jóvenes poetas comparten en sus obras primerizas una actitud hacia la creación artística bastante diferente a la de los nuevos narradores aunque casi todos son escritores nacidos en la década del cuarenta y comparten la

experiencia universitaria de los años sesenta y setenta.⁸ La obra primeiza de algunos de los poetas más destacados—José Manuel Torres Santiago, Vicente Rodríguez Nietzsche, Wenceslao Serra Deliz, Jorge María Ruscalleda Bercedóniz, Iván Silén, Etna Iris Rivera—se distingue por su militancia política y social e intento de utilizar el verso como arma de combate e instrumento de concientización en la lucha del pueblo puertorriqueño por su liberación. Es una “poesía a mano armada” muy influida y a veces dominada por el activismo y populismo de los años sesenta y por tendencias poéticas prevaletentes en la Cuba revolucionaria. Por otro lado, el compromiso político de los nuevos narradores es menos explícito o más indirecto.

Si consideramos además el caso de Luis Rafael Sánchez, uno de los escritores más consagrados de nuestro momento, incluido en *Apalabramiento* y en *Reunión de espejos*, no podemos eludir su relación con ambas generaciones, la del 50 y la del 70. En un ensayo publicado en 1969, Emilio Díaz Valcárcel lo describe como “el adelantado de una nueva generación, como fue José Luis González en su época.”⁹ Sánchez se había destacado como dramaturgo durante la década del sesenta y su nombre se añadió a la lista de los dramaturgos puertorriqueños más prominentes de aquella época—René Marqués, Francisco Arriví, Manuel Méndez Ballester. Fue sin lugar a dudas su libro de cuentos *En cuerpo de camisa* (1966) el primer indicio de una naciente etapa renovadora en la narrativa puertorriqueña ya que con él aportó una nueva actitud hacia el lenguaje y hacia la materia narrativa. Esto queda debidamente corroborado años más tarde con la publicación de su célebre novela *La guaracha del Macho Camacho* (1976)—obra que ha sido aclamada por la crítica internacional—y con el surgimiento de otros escritores que a lo largo de la década del setenta publican obras narrativas siguiéndole los pasos estéticos a Sánchez.¹⁰ Sánchez se convierte entonces en el precursor de la nueva generación de narradores, figura puente entre la Generación del 50 y la del 70.

Algunos de los escritores recopilados en *Apalabramiento* y *Reunión de espejos*—Luis Rafael Sánchez, Ana Lydia Vega, Rosario Ferré—han logrado superar las fronteras nacionales y han recibido reconocimiento artístico y publicado en el extranjero; por otro lado, Manuel Ramos Otero, Carmelo Rodríguez Torres, Tomás López Ramírez y Juan Antonio Ramos ya nos han brindado varias pruebas de su versatilidad y su talento; la mayoría—Magali García Ramis, Carmen Lugo Filippi, Mayra Montero, Manuel Abreu Adorno, Angel M. Concepción, Edgardo Sanabria Santaliz—solamente han publicado una primicia colección de cuentos que nos da una indicación de sus aptitudes artísticas y potencial futuro.

La lista de autores incluidos en estas dos antologías refleja los nombres dominantes en la cuentística puertorriqueña de hoy. La omi-

sión de Edgardo Rodríguez Juliá, uno de los jóvenes narradores más talentosos y prolíficos de nuestro tiempo, se entiende ya que este escritor se ha dedicado fundamentalmente al arte de novelar y no ha publicado ninguna colección de cuentos. Noto sin embargo la omisión de Carmelo Rodríguez Torres de la antología de Barradas aunque no creo que haya sido una omisión voluntaria.

A pesar de mi dedicación a la crítica literaria se me hace imposible desligarme de mi oficio de feminista. Una distinción que no puede pasar desapercibida y que merece ser destacada al comparar la vieja antología de Marqués, *Cuentos puertorriqueños de hoy*, con *Apalabramiento* y *Reunión de espejos* es la presencia femenina en estas dos últimas. Esto no es solamente un grito de nuestros tiempos—es una prueba fehaciente de que la mujer escritora, que por muchos años se había dedicado principalmente al ejercicio poético, al fin ha logrado lanzarse al mundo de la ficción logrando méritos que no pueden ser ignorados por ningún estudioso. Los nombres de Rosario Ferré, Ana Lydia Vega, Carmen Lugo Filippi, Magali García Ramis y Mayra Montero ya nos han dado evidencia palpable de sus capacidades y madurez artística.

El tratamiento de los temas del feminismo, la negritud, y la homosexualidad añade una nueva óptica, un sentido de contemporaneidad, y una mayor versatilidad a la narrativa puertorriqueña. Según Vega, con el tratamiento de estos temas “se procura subvertir, en el plano literario, las relaciones tradicionales de poder entre los grupos sociales” (p. 28).

Aunque ambas antologías cumplen una labor pionera de gran importancia y servirán de consulta obligatoria, no puedo evitar cierta preferencia por la de Barradas guiada por una mejor perspicacia crítica y criterio de selección de los cuentos recopilados aunque no quiero restarle méritos a la labor más abarcadora del ensayo introductorio de la antología de Vega. Es un hecho afortunado, sin embargo, que *Apalabramiento* se haya publicado en los Estados Unidos y *Reunión de espejos* en Puerto Rico ya que así se dan a conocer con mayor amplitud geográfica estos nuevos narradores puertorriqueños que bien merecen ser difundidos y respaldados en la enajenante búsqueda por la consagración artística.

NOTAS

1. René Marqués, *Cuentos puertorriqueños de hoy* (San Juan, P.R.: Club del Libro de Puerto Rico, 1958).
2. Véanse los siguientes trabajos: Concha Meléndez, *El arte del cuento en Puerto Rico* (New York: Las Américas, 1961); Lillian Quiles de la Luz, *El cuento en la literatura puertorriqueña* (Río Piedras, P.R.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1968); Emilio Díaz Valcárcel, “Apuntes sobre el desarrollo histórico del cuento literario puertorriqueño y la generación del 40,” *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*

- 12, no. 43 (abril-junio 1969):11-17; Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de la literatura puertorriqueña* (San Juan, P.R.: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970).
3. Edna Acosta-Belén, "Ideología e imágenes de la mujer en la literatura puertorriqueña contemporánea" en *La mujer en la sociedad puertorriqueña* (Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1980), 133-38, y "Literature and Ideology in the Works of the Puerto Rican Generation of 1950," Ph.D. diss., Columbia University, 1977.
 4. Véanse los siguientes trabajos: Pedro Juan Soto, *A solas con Pedro Juan Soto* (Río Piedras, P.R.: Ediciones Puerto, 1973), 70-72; Arcadio Díaz Quiñones, *Conversación con José Luis González* (Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1976), 70-71.
 5. Robert Escarpit, *Sociología de la literatura* (Barcelona: Ediciones Oikos-Tan, 1971), 36-37.
 6. Véase la entrevista de Mayra Montero, "Dicen que Díaz Valcárcel," *El Mundo*, 27 de enero de 1985, 106.
 7. Edna Acosta-Belén, "Literature and Ideology," 177-83. Vanessa Droz ha usado el nombre de *Promoción del 70* en "El compromiso con la literatura," *El Mundo*, 31 de octubre de 1982, 6-B.
 8. José A. Morales, *Antología de jóvenes poetas* (San Juan, P.R.: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1965); Luis Rosario Quiles, *Poesía nueva puertorriqueña* (Río Piedras, P.R.: Editorial Edil, 1970); Manuel de la Puebla, *Poesía militante puertorriqueña* (San Juan, P.R.: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1979).
 9. Emilio Díaz Valcárcel, "Apuntes sobre el desarrollo histórico del cuento literario puertorriqueño," 17.
 10. Luis Rafael Sánchez, *En cuerpo de camisa* (San Juan, P.R.: Ediciones Lugar, 1966) y *La guaracha del Macho Camacho* (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1976).